
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

ANTIGUO TESTAMENTO

Lección 71:

Un reino malvado y dividido

113 LECCIONES

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge

Dr. Daniel Sweetman



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confianza nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, o investigación, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Lección 71

UN REINO MALVADO Y DIVIDIDO

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 71

El reino que David gobernó, expandió y aseguró, fue dado a su hijo Salomón. Durante el reinado de Salomón, él construyó el templo y un hermoso palacio para sí mismo, y los habitantes disfrutaron de una era de paz y seguridad. Como vimos en nuestra última lección, aunque los tiempos eran buenos, no eran perfectos, ya que parece que se necesitaba mucho trabajo durante el reinado de Salomón, junto con fuertes impuestos para financiar sus diversos proyectos y esfuerzos.

A la muerte de Salomón, su hijo Roboam se convirtió en rey, y en lugar de seguir los consejos de los sabios y prudentes consejeros de su padre, escuchó a sus contemporáneos, sus amigos, que no tenían experiencia ni sabiduría aparente. Como resultado, diez de las tribus de Israel eligieron a Jeroboam como su rey, y el reino se dividió. Las diez tribus del norte se identificaron como Israel, y las dos tribus del sur, Benjamín y Judá, serían referidas como Judá, manteniendo a Jerusalén como su capital. Este fue el comienzo de un período tumultuoso que finalmente acabaría con su destrucción y cautiverio.

Después de la muerte de Roboam, su hijo Abiam, a veces llamado Abías, asumió el trono de Judá. En el libro de Reyes, no leemos mucho sobre su reinado, más allá de que anduvo en todos los pecados de su padre, y de que su corazón no era perfecto para con el Señor. Sin embargo, en Crónicas tenemos algunos detalles más. Ambos libros nos dicen que hubo constantes batallas entre Israel y Judá, pero 2 Crónicas 13, se nos presenta una batalla en específico descrita para nosotros. Abías tiene un ejército de 400,000 hombres, y Jeroboam tiene 800,000 hombres. Claramente las probabilidades estaban a favor de Jeroboam, por ser el doble. Antes de la batalla, Abías habla con Jeroboam y su ejército. Les recuerda que el Señor le dio el reino a David, y a su descendencia para siempre; pero que, Jeroboam, siendo solo un siervo de Salomón, se había rebelado contra su señor. Abías les dice que ellos están confiando en becerros de oro, y que han expulsado a los sacerdotes del Señor. Abías continúa: «Mas en cuanto a nosotros, Jehová es nuestro Dios y no lo hemos dejado; y los sacerdotes que ministran a Jehová son los hijos de Aarón, y los levitas están en la obra [...] porque nosotros guardamos la ordenanza de Jehová nuestro Dios, pero vosotros lo habéis dejado. Y he aquí, Dios está con nosotros por cabeza, y sus sacerdotes con las trompetas de alarma para que suenen contra vosotros. Oh hijos de Israel, no peleéis contra Jehová, el Dios de vuestros padres, porque no prosperaréis».

Si no tuviéramos la descripción de Abías en el libro de Reyes, podríamos pensar que era un hombre piadoso, pero no lo era. Lo que dijo era cierto en términos de adoración religiosa, y observancia de las leyes ceremoniales; eso todavía se estaba haciendo en Jerusalén. Pero mientras Abías hablaba, Jeroboam estaba planeando una emboscada para él. El ejército de Abías está atrapado, y en inferioridad numérica. El pueblo clama al Señor por liberación, y Dios los escucha y los libera. Judá no solo derrota a Israel matando a más de la mitad de su ejército, sino que también son capaces de recuperar algunas ciudades y pueblos.

Jeroboam nunca se recuperó completamente de esta pérdida por el resto de su reinado. Leemos: «Así fueron humillados los hijos de Israel en aquel tiempo, pero los hijos de Judá se fortificaron, porque se apoyaban en Jehová, el Dios de sus padres». Una vez más, vemos cuán misericordioso es Dios: Judá no merecía ser ayudado, «pero por causa de David, Jehová su Dios le dio lámpara en Jerusalén, levantando a su hijo después de él y sosteniendo a Jerusalén», leemos esto en 1 Reyes 15:4.

Después de la muerte de Abías, su hijo Asa ascendió al trono. Las Escrituras nos dicen que «Asa hizo lo recto ante los ojos de Jehová, como David, su padre, [y] el corazón de Asa fue perfecto para con Jehová todos sus días». Quitó los ídolos de la tierra, expulsó a los sodomitas que se prostituían, e incluso hizo que su madre fuera destituida del cargo de reina honoraria porque ella había hecho un ídolo horrible de Asera. Él destruyó todos sus altares, sus árboles frondosos, sus imágenes, todo lo que tuviera que ver con la idolatría, excepto que, por alguna razón, dejó intactos algunos de los lugares altos. Pero mandó específicamente a su reino, Judá, «que buscara a Jehová, el Dios de sus padres, y pusiera por obra la ley y los mandamientos». Durante al menos diez años, hubo paz en todo el reino durante el reinado de Asa, y él lo atribuye a que, como nación, ellos estaban buscando y sirviendo al Señor, y por eso Dios les había dado paz en la tierra.

Hubo, sin embargo, una hostilidad constante con Israel cuando Baasa ascendió al trono allí, la cual fue frustrada cuando Asa hizo una alianza con Ben-adad, del reino de Siria, quien luchó contra Israel en su nombre. Y también se produjo la milagrosa derrota de los etíopes. Durante ese ataque, Asa le pide ayuda al Señor. Él clamó: «Jehová, para ti no hay diferencia en ayudar al grande como al que no tiene fuerzas. Ayúdanos, oh Jehová Dios nuestro, porque en ti nos apoyamos y en tu nombre venimos contra esta multitud. Oh Jehová, tú eres nuestro Dios; no prevalezca contra ti el hombre».

No sabemos cómo Dios los libró, pero sí sabemos que lo hizo. Los etíopes fueron destruidos, y Asa y su ejército no sólo saquearon al ejército, sino también a varias ciudades, y se llevaron todo el botín de vuelta a Jerusalén. Dios también le habló a Asa a través del profeta Azarías. Él le dijo a Asa: «Oídme, Asa, y todo Judá y Benjamín: Jehová está con vosotros mientras vosotros estéis con él; y si lo buscareis, será hallado por vosotros; pero si lo dejareis, él también os dejará. Pues muchos días ha estado Israel sin el verdadero Dios, y sin sacerdote que enseñara, y sin ley; pero cuando en su tribulación se con-

virtieron a Jehová Dios de Israel y lo buscaron, él fue hallado por ellos». (2 Crónicas 15:2-4).

Vemos aquí la fidelidad de Dios. También vemos aquí el evangelio: «Dios nos promete que, si lo buscamos, lo encontraremos. Si lo abandonamos, Él nos abandonará». Y sabemos que, en este contexto histórico, así como en nuestra vida personal, la búsqueda es iniciada por el Señor por pura gracia.

Judá no merecía tener un rey que buscara al Señor e hiciera estas reformas, pero Dios les dio uno de todos modos. Así que, el pueblo reconoce al Señor por su bondad, y le ofrece 700 bueyes y 7 mil ovejas. Y leemos que: «Y entraron en pacto de que buscarían a Jehová, el Dios de sus padres, con todo su corazón y con toda su alma; y que cualquiera que no buscara a Jehová, el Dios de Israel, muriera, tanto grande como pequeño, tanto hombre como mujer. Y juraron a Jehová con gran voz y júbilo, y al son de trompetas y de bocinas; y todo Judá se alegró a causa del juramento, porque con todo su corazón lo juraban y con toda su voluntad lo buscaban, y fue hallado por ellos; y les dio Jehová reposo por todas partes». ¡Qué bendición tan increíble fue esto para el pueblo de Judá!

Cuando Asa murió, su hijo Josafat se convirtió en rey. Al igual que su padre, Josafat también fue un rey temeroso de Dios. Incluso fue un paso más allá, quitando los lugares altos que aún quedaban. Leemos: «Y Jehová estuvo con Josafat, porque anduvo en los primeros caminos de David, su padre, y no buscó a los baales, sino que buscó al Dios de su padre y anduvo en sus mandamientos, y no según las obras de Israel. Y Jehová afirmó el reino en su mano, y todo Judá dio presentes a Josafat, y tuvo riquezas y gloria en abundancia» (2 Crónicas 17.3-6). Él también se aseguró de que el pueblo fuera enseñado. Envío instructores, junto con levitas, para enseñar en todas las ciudades de Judá. ¿Qué era lo que enseñaban? ¿Matemáticas, ciencias, historia? Ellos estaban enseñando la Ley del Señor. Estaban enseñando la Biblia. Y esta enseñanza fue bendecida por el Señor. También resultó en bendición para el reino en general, porque —leemos— «cayó el terror de Jehová sobre todos los reinos de las tierras que estaban alrededor de Judá, y no hicieron guerra contra Josafat».

Mientras tanto, en Israel las cosas no van tan bien. Tras la muerte de Jeroboam, su hijo Nadab se convirtió en rey. Sólo reinó durante dos años, y se comportó igual que su padre, cometiendo y fomentando los mismos pecados. Lo que sucede después está claro, pero no se sabe por qué sucede. Un hombre llamado Baasa conspira contra Nadab. No sabemos por qué, si tenía algún rencor personal contra la familia de Jeroboam, tal vez se veía a sí mismo como alguien que iba a salvar el reino, o alguna otra razón. Las Escrituras no son claras al respecto. Lo que sí sabemos es que lo asesina, y se apodera del trono. Además, elimina por completo la línea familiar de Jeroboam. Y, de esta manera, se cumple la profecía de Ahías. Baasa no es un santo. Él es tan malo, o incluso peor, que Jeroboam y Nadab. Su pecado no pasa desapercibido. Dios le habla a Jehú, el profeta, y le dice que le quitará su posteridad. Dios también dice que fue Él quien puso a Baasa en

el trono. Fue Dios quien lo levantó del polvo y lo hizo rey. Pero a causa de su pecado, él y su casa serían castigados y completamente destruidos.

El siguiente rey que reinó sobre Israel fue Ela, el hijo de Baasa. La Biblia no nos dice nada acerca de él, más allá de que un día, mientras bebía, y estaba aparentemente ebrio, su siervo Zimri lo mató, después de un breve reinado de dos años. Zimri asciende al trono e inmediatamente mata a todos los descendientes de Baasa. Cuando el pueblo se entera de lo que Zimri ha hecho, eligen a un hombre llamado Omri como su rey, y sitian la ciudad donde Zimri se encuentra. Zimri, al verse rodeado, prende fuego a su palacio, y muere en él después de un reinado de siete días. Israel no está conforme con el nuevo rey. Algunos apoyan completamente a Omri y otros quieren a Tibni como su rey. Se producen enfrentamientos, y Tibni es asesinado. Así que, Omri sigue como rey durante doce años.

Él no fue un buen rey, ya que la Biblia nos dice que fue peor que todos los reyes anteriores a él. Este es también el punto en el que Samaria se convierte en la capital de Israel. Bajo el reinado de Omri, Israel continúa decayendo debido a su idolatría y otras abominaciones. A la muerte de Omri, su hijo Acab asume el trono. Acab es tan malo como los otros reyes, pero comete además algunos pecados flagrantes. Primero, se casa con la hija de un rey pagano. Y luego, básicamente, entrega a Israel a la adoración a Baal. Él construye un templo para Baal en la capital, e incluso establece un altar para Baal, junto con la construcción de lugares altos para adorar. Cubriremos más detalles sobre el reinado de Acab en nuestra próxima lección.

En el libro de Reyes, hay una transición en este punto de la historia que se centra en el profeta Elías. quien aparece súbitamente, y con la autoridad de Dios. Él tiene un mensaje para el nuevo rey Acab: «No habrá lluvia ni rocío durante tres años». Esta sequía es, sin duda, un castigo y un llamado de atención por causa de los pecados del rey y de la nación. Dios preserva a Elías durante este tiempo haciendo que un cuervo le traiga comida, y que pueda beber agua de un pequeño arroyo. Después de algún tiempo, el arroyo se seca y Dios lo dirige a un pueblo en particular donde encontrará a una viuda que lo alimentará. La encuentra, y le pide algo para beber, y también algo de comida. Su respuesta no es nada alentadora: Ella está usando lo que le queda de harina y de aceite para preparar su última comida, y después de eso, solo esperará morir de hambre. Elías le promete que estos ingredientes le durarán todo el tiempo que los necesite, y leemos que «la tinaja de la harina no escaseó ni se disminuyó la vasija del aceite, conforme a la palabra de Jehová, que había dicho por medio de Elías». Después de aproximadamente unos tres años, Dios le ordena a Elías que visite a Acab y le haga saber que Dios va a enviar lluvia. Mientras tanto, Acab envía a su mayordomo Abdías a buscar hierba para los caballos y las mulas. Por la providencia de Dios, Abdías se encuentra con Elías mientras iba de camino a buscar la hierba. Elías le dice que le diga a Acab que él está aquí, pero Abdías no quiere ser parte de esto. Tiene miedo de que Elías vuelva a desaparecer y que Acab lo mate. Elías le promete que esperará hasta que Acab llegue.

Lo primero que hace Acab cuando ve a Elías es culparlo por la sequía, pero Elías le deja claro a Acab que la culpa es de él, y del pecado del pueblo. Elías pide que todos los profetas de Baal y los de Asera se reúnan con él en el monte Carmelo. Cuando todos están reunidos, les pregunta: «¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidlo; y si es Baal, seguidlo». Sus palabras son muy similares a la enseñanza de Cristo acerca de servir a dos señores: O amarás a uno y aborrecerás al otro; o aborrecerás a uno, y amarás al otro. Y el pueblo no respondió palabra.

Elías tiene un plan: Los profetas deben sacrificar un buey en su altar a Baal. Pero hay un requisito: No deben encender fuego, sino que deben orar a Baal para que él provea el fuego milagrosamente. Elías ofrecerá un buey sobre su altar, y orará a su Dios. Cualquiera de los dos que responda con fuego, ese es el Dios al que hay que seguir. Los profetas están de acuerdo, y claman a Baal durante horas, pero no hay respuesta. Elías comienza a burlarse de ellos, y les dice: «Clamen a gran voz porque, tal vez, Baal esté durmiendo o esté de camino a algún lugar, y por eso no oye». Los profetas clamaban a gran voz, y hasta se sajaban a sí mismos, y estuvieron así hasta la tarde. Pero no pasaba nada.

Ahora es el turno de Elías. Repara el altar de Jehová que estaba arruinado, cava una reguera alrededor del altar, echa agua sobre el altar, el buey, la leña y la reguera con doce barriles de agua, para que nadie pueda acusarlo de engaño. Luego ora a Dios: «Jehová, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas. Respóndeme, Jehová, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh Jehová, eres Dios y que tú volviste atrás el corazón de ellos»,¹ Reyes 18:36-37. ¡Dios hace descender fuego que lo consume todo: el buey, la leña, el agua y hasta las piedras! El pueblo de Israel cae prostrado, y confiesa que Jehová es Dios: «¡Jehová es Dios! ¡Jehová es Dios!», ellos dijeron. Elías les ordena capturar a todos los profetas de Baal para ejecutarlos, y así lo hacen. Entonces, Elías le dice a Acab que la lluvia vendrá pronto. Y efectivamente, el cielo comienza a oscurecerse con nubes, y empieza a llover a cántaros, por lo que Elías corre delante del carro de Acab hasta Jezreel.

Una vez más, el Señor está mostrando misericordia a personas que no la merecen. Tal vez pienses que este sería un punto de inflexión para Israel. Uno podría pensar que Acab se daría cuenta de que Dios no es un Dios con el que se pueda jugar. Podrías pensar que después de presenciar un milagro como este, fuego cayendo del cielo, habría un arrepentimiento nacional. Pero esto no sucede, como veremos en nuestra próxima lección. Pero recordemos que, por naturaleza, no somos diferentes a ellos. Si Dios no santifica su trato con nosotros, nosotros también permanecemos endurecidos en nuestros pecados. Es sólo cuando el Señor obra en nuestros corazones por medio de su Espíritu que su trato con nosotros nos lleva a un verdadero arrepentimiento. Así que, oremos diariamente por esa gracia.